

Ciudad feminista

La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombres

Leslie Kern

Traducción Renata Prati

INTRODUCCIÓN

Ciudad de hombres

NTRE MIS FOTOS DE infancia hay una de mi hermano menor y yo rodeados de decenas de palomas en Trafalgar Square, en Londres. Por los cortes taza de los pelos de ambos y los pantalones acampanados de corderoy haciendo juego, supongo que la foto debe ser de 1980 o 1981. Se nos ve muy divertidos arrojando las semillas que nuestros padres habían conseguido en una maquinita expendedora en la plaza. Esas máquinas ya no existen, porque alimentar a las palomas está muy mal visto, pero por ese entonces era una de las mejores partes de la visita a la familia de mi papá. Estábamos en el centro de todo; nuestro entusiasmo es evidente. En nuestras caras encendidas veo el inicio del amor que ambos sentiríamos, a lo largo de toda la vida, por Londres y por la vida en la ciudad.

Josh y yo llegamos al mundo en el centro de Toronto, pero nos criaron en las afueras, en Mississauga. Aunque su población la ha convertido en una de las ciudades más grandes y diversas de Canadá, en la década de los ochenta era en esencia un paisaje residencial, organizado en torno a los centros comerciales y el uso de automóviles. Tanto mi hermano como yo nos mudamos a Toronto apenas pudimos, rechazando la vida suburbana sin pensarlo dos veces. Pero nuestras experiencias de la vida en la ciudad han sido sumamente diferentes. Dudo mucho que Josh alguna

vez haya tenido que improvisar un arma empuñando las llaves mientras volvía a casa a pie, o que lo hayan empujado por ocupar demasiado lugar con el cochecito de bebé. Dado que compartimos el color de piel, la religión, el origen de clase y una buena parte del adn, no me queda sino concluir que aquí es el género la diferencia que importa.

EL DESORDEN DE LAS MUJERES

Las mujeres siempre han sido vistas como un problema para la ciudad moderna. Durante la Revolución Industrial, el rápido crecimiento de las ciudades europeas produjo una mezcla caótica de clases sociales e inmigrantes en las calles. Las normas sociales de la época victoriana incluían demarcaciones estrictas entre las clases y un duro código de etiqueta diseñado para proteger la pureza de las mujeres blancas de clase alta. El aumento del contacto urbano entre hombres y mujeres, y entre las mujeres y las bulliciosas grandes masas urbanas, fue una ruptura de ese código. "Los caballeros y, lo que era todavía peor, las damas de la alta sociedad se veían forzados a codearse con las clases inferiores, a chocarse y ser empujados sin ninguna ceremonia ni muestra de respeto", escribe la historiadora cultural Elizabeth Wilson¹. El "terreno disputado" de la Londres victoriana había abierto un espacio para que las mujeres "se reclamaran como parte de lo público", explica la historiadora Iudith Walkowitz, sobre todo en relación con los debates sobre la seguridad y la violencia sexual². Con todo, estos tiempos de caótica transición implicaron una dificultad creciente para discernir el estatus de las personas, y así una dama en la calle corría siempre el riesgo de recibir el peor insulto: ser confundida con una "mujer pública".

Esta amenaza a las distinciones de rango supuestamente naturales, junto con la inestabilidad de las fronteras de la

^{1.} Wilson, Elizabeth, *The Sphinx in the City. Urban Life*, the Control of Disorder, and Women, Berkeley, University of California Press, 1991, p. 29.

^{2.} Walkowitz, Judith R., City of Dreadful Delight. Narratives of Sexual Danger in Late-Victorian London, Chicago, University of Chicago Press, 1992, p. 11.

responsabilidad, llevó a que, para muchos comentaristas de la época, la vida urbana en sí fuera una amenaza a la civilización. "La condición de las mujeres — explica Wilson— se convirtió en la piedra de toque para el enjuiciamiento de la vida en la ciudad"³. Las libertades de las mujeres, que se ampliaban poco a poco, se toparon así con una reacción de pánico moral por todo tipo de cuestiones, desde el trabajo sexual hasta las bicicletas. El campo y las periferias, que por entonces comenzaban a crecer, pasarían a ofrecer un refugio adecuado para las clases medias y altas y, de modo crucial, seguridad para las mujeres y su posibilidad de mantener la respetabilidad.

Si algunas mujeres necesitaban protección del confuso desorden urbano, otras necesitaban ser controladas, reeducadas y tal vez incluso desterradas. La atención creciente a la vida de ciudad visibilizó las condiciones de vida de la clase trabajadora, algo que resultó inaceptable para las clases medias. ¿Y qué mejor chivo expiatorio que las mujeres, que habían llegado a las ciudades buscando trabajo en las fábricas y en el servicio doméstico, y que eran así las responsables, según Engels, de "dar vuelta" la institución familiar? La participación de las mujeres en el trabajo asalariado les otorgó una pequeña cuota de independencia, así como redujo por supuesto el tiempo que tenían disponible para las responsabilidades domésticas en sus propios hogares. Las mujeres pobres fueron presentadas como fracasos domésticos, incapaces de mantener limpia su casa y culpables por la "desmoralización" de la clase obrera, que se expresaba en el vicio y en otras formas de comportamientos problemáticos, tanto públicos como privados. Todo esto se veía como una situación profundamente antinatural.

Por supuesto, el mayor de los males sociales, el que tenía el poder de destruir la familia, sacudir los pilares de la sociedad y diseminar enfermedades, era la prostitución. En esta época previa a la teoría microbiana, se creía que las enfermedades se transmitían por medio de "miasmas" aéreos que se encontraban en las malsanas emanaciones de las cloacas. En esta línea surgió también

^{3.} Wilson, Elizabeth, *The Sphinx in the City*, ob. cit., p. 27.

el concepto de miasma *moral*: la idea de que la depravación podía contagiarse por sola proximidad con alguien que la portara. La presencia usual de mujeres "haciendo la calle", que ejercían abiertamente el oficio e inducían a hombres buenos a entrar en el mundo del vicio, escandalizaba a los escritores de la época. También las mujeres se veían "constantemente expuestas y, una vez que una mujer había 'caído' en la tentación, muchos reformadores la consideraban perdida, condenada a una vida de humillaciones cada vez peores y a una muerte temprana y trágica"⁴.

La solución que proponían muchos, entre ellos Charles Dickens, era que las mujeres caídas fueran enviadas a las colonias, donde podrían casarse con algún colono —los había de sobra— y restaurar así su respetabilidad. Allí, la necesidad de proteger a las mujeres blancas de la amenaza de los "nativos" servía de justificación para controlar y eliminar a las poblaciones indígenas de las áreas en proceso de urbanización. En varias novelas por entonces populares se narran historias espectaculares de secuestros, torturas, violaciones y casamientos forzados de las mujeres blancas con los voraces y vengativos "salvajes". Los nuevos asentamientos coloniales fortificados marcarían las fronteras de la civilización, y la pureza y la seguridad de las mujeres blancas vendrían a completar la metamorfosis.

En cambio, las mujeres indígenas eran vistas como amenazas para esta transformación urbana. Portaban en el cuerpo la capacidad de reproducir esa "barbarie" que los colonizadores buscaban contener. También ocupaban en sus sociedades importantes posiciones de poder cultural, político y económico. Al despojarlas de ese poder, por medio de la imposición de la familia patriarcal y los sistemas de gobierno europeos, y al tiempo que se las deshumanizaba, presentándolas como primitivas y promiscuas, se sentaron las bases para los procesos de desposesión y desplazamiento, tanto legales como geográficos⁵. La degradación

^{4.} Ibíd., p. 39.

^{5.} Maracle, Lee, I Am Woman. A Native Perspective on Sociology and Feminism, Vancouver, Press Gang, 1996; Smith, Andrea, Conquest. Sexual Violence and American Indian Genocide, Cambridge, South End Press, 2005.

y la estigmatización de las mujeres indígenas fue así parte integral del proceso de urbanización; y resulta evidente, dados los elevadísimos niveles de violencia contra las mujeres y niñas indígenas que siguen registrándose en las ciudades de hoy, que estas prácticas y actitudes han dejado una marca perdurable y devastadora.

Si pegamos un salto hasta la actualidad, nos encontramos con que los esfuerzos por controlar el cuerpo de las mujeres, como medio para lograr ciertos tipos de mejoras en las ciudades, de ninguna manera han quedado en el pasado. Hemos visto, en tiempos muy recientes, la esterilización forzada de aquellas mujeres de color e indígenas que recibían asistencia social o que eran vistas como dependientes del Estado de alguna manera. El estereotipo racista de la mujer negra como "reina de la beneficencia" circuló en las décadas de 1970 y 1980 como parte del relato sobre la decadencia de las ciudades, y se relacionaba también con el pánico moral por el embarazo adolescente y la suposición de que esas jóvenes madres se unirían a las filas de las reinas de la beneficencia en su cometido de traer al mundo pequeños criminales en potencia. Los movimientos contemporáneos que propugnan la abolición del trabajo sexual se han renombrado como campañas contra la trata, y el tráfico de personas se representa como una nueva forma de amenaza urbana de cariz sexual. Pero, lamentablemente, bajo este nuevo paradigma, a las trabajadoras sexuales que no son víctimas de trata no se les concede casi respeto ni agencia de ningún tipo⁶. En una línea similar, las campañas en contra de la obesidad se dirigen a las mujeres en cuanto madres e individuos cuyos cuerpos son vistos, junto con los de sus hijos, como meros síntomas de problemas de la ciudad moderna, como la comida rápida y la dependencia del automóvil.

En suma, el cuerpo de las mujeres sigue siendo presentado a menudo como fuente o señal de los problemas urbanos. Aun cuando las mujeres jóvenes y blancas con bebés han sido culpadas de todos los males de la gentrificación, los defensores de este proceso apuntan a las mujeres solteras de color y a las

^{6.} Hunt, Sarah, "Representing Colonial Violence: Trafficking, Sex Work, and the Violence of Law", *Atlantis*, vol. 37, n° 2, 2016, pp. 25-39.

inmigrantes por reproducir la criminalidad urbana y entorpecer la "revitalización" de las ciudades. Las formas en que las mujeres pueden quedar vinculadas con las preocupaciones sociales de las ciudades parecen no tener fin.

Si bien es cierto que algunos de los miedos victorianos más exagerados en torno a la castidad y el aseo han cejado, la experiencia urbana de las mujeres sigue estando marcada por una serie de barreras — físicas, sociales, económicas y simbólicas — que moldean su vida cotidiana en formas profundamente influidas por el género (aunque no solo por él). Muchas de esas barreras son invisibles para los hombres, puesto que rara vez las encuentran en sus propias experiencias. Esto significa que quienes toman la mayor parte de las decisiones en las ciudades -sobre políticas públicas urbanas o diseño de viviendas y vacantes escolares, sobre la remoción de la nieve o la frecuencia del transporte público—, que siguen siendo sobre todo hombres, están decidiendo sin ningún conocimiento — ni hablar de preocupación o interés— acerca de cómo esas decisiones afectan a las mujeres. La ciudad está organizada para sostener y facilitar los roles de género tradicionales de los hombres, tomando las experiencias masculinas como la "norma" y mostrando poca consideración por la manera en que la ciudad puede obstruir los caminos de las mujeres e ignorar su experiencia cotidiana de la vida urbana. A esto es a lo que me refiero cuando digo "ciudad de hombres".

¿QUIÉN ESCRIBE LA CIUDAD?

Mientras trabajaba en este libro, recibí con un entusiasmo inusitado mi lustroso ejemplar de la revista de exalumnos de la Universidad de Toronto: esta vez la historia de tapa era "Las ciudades que necesitamos". El rector actual de la universidad es un geógrafo urbano, así que el número me hacía mucha ilusión. Había cuatro artículos sobre "necesidades" urbanas: costos asequibles, accesibilidad, diseño sustentable y diversión.

7. University of Toronto, The Cities We Need, otoño de 2018.

Índice

9. Agradecimientos

Introducción

- 11. Ciudad de hombres
- 12. El desorden de las mujeres
- 16. ¿Quién escribe la ciudad?
- 21. Miedo y libertad
- 24. Geografía feminista

Capítulo i

- 35. Ciudad de madres
- 37. La flâneuse
- 40. Cuerpo público
- 43. El lugar de una mujer
- 48. La solución urbana
- 53. Maternidad y gentrificación
- 61. La ciudad no sexista

Capítulo 2

- 73. Ciudad de amigas
- 74. La amistad como modo de vida
- 80. Ciudad de chicas
- 88. Amistades y libertad
- 95. Espacios de mujeres queer
- 98. Amigas hasta el final

Capítulo 3

- 107. Ciudad de soledad
- 108. Espacio personal
- 112. Mesa para una
- 117. El derecho a la soledad
- 120. Mujeres en público
- 128. Hablemos de baños
- 134. Reclamar el espacio

Capítulo 4

- 139. Ciudad de protestas
- 141. El derecho a la ciudad
- 148. Seguridad para armar
- 152. Género y trabajo activista
- 159. Turismo militante
- 164. Lecciones de la protesta

Capítulo 5

- 169. Ciudad de miedo
- 171. El miedo femenino
- 176. Mapear el peligro
- 178. El precio del miedo
- 181. Resistencias
- 187. Mujeres audaces
- 190. Interseccionalidad y violencia
- 196. Ciudad de posibilidades